

cabalgó en un palafren—por no esperar á caballo.
 Con él iba en compañía—ese conde don Grimaldo,
 con él iban caballeros,—todos eran hijos-dalgo.
 En llegando á san Dionisio—véenlos estar en lo llano;
 cada cual caído en tierra,—que no bullen pié ni mano.
 Cuando así los vido el conde,—de su boca habia hablado :
 —¡Qué tal estais, mi hijo,—el mi hijo mucho amado,
 por las tierras do yo voy—por vos fuera muy honrado!
 Si habeis herida de muerte—de vuestra alma habed cuidado.
 Aunque vos murais, mi hijo,—de mí no seréis llorado,
 que ni moris por mesones,—ni por tableros jugando;
 moris como caballero—en el campo peleando.
 —Que no moriré, señor,—de lo que estoy agora llagado;
 mas socorred á Oliveros,—ved si está peor tratado.
 —Con él está acá, mi hijo,—el emperador don Carlos;
 mucho estaba mal herido,—vos no estais muy bien librado.—
 Allí llegó el emperador,—su rostro todo mojado
 de lágrimas de sus ojos—que por ellos ha llorado.
 —Si sois vivo, Montesinos,—yo quedaré consolado.—
 —Cuál me hallardes, señor,—estoy á vuestro mandado.—
 Con igual honra en Paris—ambos los han lanzado;
 con la vida de los dos—el pueblo se ha holgado.
 Mucho mas se holgó el conde,—y así hiciera Reinaldo,
 que del bien de Montesinos—él estaba muy pagado.

*(Siguese un romance: el cual cuenta el desafio que hizo
 Montesinos á Oliveros en las salas de Paris, etc. Pliego
 suelto del siglo xvi.)*

177 a.

(Montesinos. — IV.)

(Al mismo asunto.)

Romance de un desafio que se hizo en Paris de dos caballeros principales de la tabla redonda, los cuales son Montesinos y Oliveros. Fué el desafio por amores de una dama llamada Aliarda.

En las salas de Paris,—en el palacio sagrado
 donde está el emperador—con su imperial estado,
 tambien estaban los doce—que á una mesa se han juntado,
 obispos y arzobispos—y un patriarca honrado.
 Despues que hubieron comido—y las mesas se han alzado,
 ya se levanta la gente,—todcs iban paseando
 por una sala muy grande,—unos con otros hablando.
 Unos hablan de batallas,—los que las han acostumbrado;
 otros hablan de amores,—los que son enamorados.
 Montesinos y Oliveros—mal se quieren en celado;
 con palabras injuriosas—Oliveros ha hablado.
 Las palabras fuéron tales,—que de esta suerte ha empezado :
 —Montesinos, Montesinos,—¡cuánto ha que os he rogado
 que de amores de Aliarda—no tuviédeses cuidado,
 que no sois para servirla,—ni para ser su criado?
 ¡Si no, por el emperador,—yo os hubiera castigado!—
 Montesinos que esto oyera—túvose por injuriado;
 la respuesta que le dió—fué como de hombre esforzado.
 —¡Buen caballero Oliveros,—mucho estoy maravillado,
 siendo hombre de buen linaje—siempre entre buenos criado,
 que vos á mí deshonorar—bien debia ser excusado;
 que si tuviera yo (1) espada—como vos teneis al lado,

(1) «Yo tuviera.» *Silva. Floresta*

las palabras que dijistes—bien las hubiérades pagado!—
 Oliveros que esto oyera—en la espada puso mano :
 fué para Montesinos—como hombre muy airado.
 Montesinos no tiene armas,—descendióse del palacio.
 Los ojos puestos en el cielo—juramento iba echando (1)
 de nunca vestir loriga,—ni cabalgar en caballo,
 ni comer pan á manteles,—ni nunca entrar en poblado
 y de no rapar sus barbas,—ni de oír misa en sagrado,
 ni llamarse Montesinos—hijo del conde Grimaltos,
 hasta que vengue la mengua—que Oliveros le ha dado.
 En llegando á su posada—fué muy prestamente armado :
 pone el yelmo en su cabeza,—vístese un arnés tranzado;
 mandó sacar una lanza—que él tenía en apartado :
 que la lanza era muy fuerte,—y el hierro bien acerado.
 Ya es armado Montesinos,—ya cabalga en su caballo :
 las cartas que tiene escritas—á un paje las había dado,
 que las lleve á Oliveros—y se las diese en su mano,
 y le diga que le aguarda—Montesinos en el campo,
 armado de todas armas—y el caballo encubertado.
 Ya se parte el mensajero—con las cartas que le ha dado;
 en casa del emperador—á Oliveros ha hallado,
 con muy grande reverencia—el paje lo ha llamado.
 Oliveros es discreto,—y hombre muy bien criado,
 apartóse con el paje—en un lugar apartado :
 preguntó lo que queria,—ó quién le había enviado.
 El paje cuando esto oyó—las cartas le hubo mostrado,
 Oliveros que las vido—dijo que él daría recaudo.
 Ya se parte el pajecico,—ya se sale del palacio.
 El plazo que Montesinos—á Oliveros hubo dado,
 cuatro horas le da de tiempo—que le aguardaría en el campo,
 y si al plazo no viniese—por traidor sería llamado.
 El acudió de tal suerte,—que seis horas habían pasado.
 Tanto aguardó Montesinos,—que ya estaba enojado.
 Mientra que en el campo andaba—á Oliveros esperando,

(1) «Juramentos.» *Silva*.

vió allí un caballero—que llamaban don Reinaldos, [mano.
 que de linaje era su primo,—y en el voluntad más que her-
 Las palabras que le dijo,—de esta manera ha hablado :
 —Montesinos, Montesinos,—¿qué faceis, mi primo hermano,
 que segun del modo os veo—vos estais mal enojado?
 Alguno os desafió—y vos lo estais esperando,
 porque no siento otra cosa—por qué estuviédeses armado (1).
 Montesinos que esto oyera—tal respuesta le hubo dado :
 —La causa que así me hallais—vos la contaré de grado :
 un presente hoy me trujeron,—y en él vino este caballo;
 mas vos sabeis mi costumbre,—que si caballo me han dado,
 el primer día que á mí viene—ha de ser muy bien probado :
 yo por ver qué tal es este—he subido en él armado.—
 Don Reinaldos que esto oyera—esta respuesta le ha dado :
 —Montesinos, Montesinos,—vuestro hablar es excusado;
 vos á mí no me negueis—por qué estáis desafiado.—
 Montesinos que esto vido—que lo sabía don Reinaldos,
 luego sin mas dilacion—la verdad hubo contado.
 —Vos sabeis, mi señor primo,—que hoy dentro en el palacio
 yo y vuestro primo Oliveros—andábamos paseando :
 de unas razones en otras—él me ha mal injuriado,
 diciendo que de Aliarda—yo no tuviese cuidado,
 que no era para servirla—ni para ser su criado;
 que si mirado no hubiese—al gran emperador Cárlos,
 por el enojo que le hice—ya me hubiera castigado.
 Yo le dije que hablaba—mal, y muy desmesurado,
 y él echó mano á la espada—y embrazóse de su manto.
 Yo hallándome sin armas—descendíme del palacio;
 fuíme para mi posada—muy triste y muy enojado;
 arméme con estas armas—que vos me hallais armado;
 cartas envié á Oliveros—que le aguardaba en el campo :
 cuatro horas le dí de tiempo—que le estaría esperando,
 y si en estas no viniese—por traidor sería llamado.

(1) «Para que así estéis armado.» *Flor*.—«Pues os detuviédeses aquí arma-
 do.» Las eds. posts. del *Canc. de Rom.*

Desque pasan las (1) cuatro horas,—otras dos habian pasado Don Reinaldos que esto oyó—esta respuesta le ha dado: [do. —Si quereis vos, Montesinos,—yo iré presto á llamarlo, si no quiere oirlo de lengua,—decírselo he por las manos; y si él no quiere venir,—para vos y mí, sean cuatro.—Ellos estando en aquesto—Oliveros ha llegado, no como hombre de pelea,—sino como enamorado. [do. Él viene muy gentil hombre,—mas tambien muy bien armado. En llegando á Montesinos—de esta suerte le hubo hablado: —Montesinos, Montesinos,—¿qué es esto, traidor malvado? que la fe que tú me diste—¡hásmela muy mal guardado! dijiste que estarias solo,—y hállote acompañado.—Montesinos que esto oyó—tal respuesta le hubo dado: —Oliveros, Oliveros,—de esto no estéis enojado, que si compañía tengo—cierto vos lo habeis causado, que si viniérades á tiempo—del plazo que os hube dado, la compañía que tengo—no la hubiérades hallado, que por causa de desdicha—él me halló aquí armado; él me preguntó qué habia,—yo bien me hube excusado; mas por importunacion—sabad que yo le he contado lo que está entre vos y mí,—y lo que yo hube pasado: mas yo os haré juramento—donde vos querais tomallo, que por esta compañía—no seréis perjudicado, sino que él se irá á Paris—quedando nos en el campo. —Pláceme, dijo Oliveros,—de eso que habeis hablado.—Reinaldos se entró en Paris—y ellos quedan en el campo. Íbanse de par en par,—y juntos lado con lado, hasta llegar á la huerta—donde el campo se habia dado. Despues que dentro se vieron—Montesinos ha hablado: —Agora es tiempo, Oliveros,—que se vea el mas esforzado.—Vanse el uno para el otro,—recios encuentros se han dado, los golpes han sido tales—que entrambos se han derribado: media hora y mas estuvieron—que ninguno ha hablado. Ya despues que esto pasó—el uno se ha levantado (2);

(1) «Pasadas son.» *Floresta.* (2) «Montesinos levantado.» *Floresta.*

fuése para Oliveros,—de esta suerte le ha hablado: —Buen caballero, no estéis—por tan poco desmayado, echemos mano á las hachas,—pues las lanzas se han quebrado Oliveros que esto oyera—muy presto fué levantado: [do.—danse tan terribles golpes—que presto se han desarmado; las piezas de los arneses—veréis rodar por el campo. Oliveros que esto vido—de esta suerte le ha hablado: —Echá mano por la espada—pues que ya estais desarmado.—Montesinos que esto oyera—presto la espada ha sacado: fiérense de tales golpes—que se han mal aparejado. Ellos estando en aquesto—un cazador ha llegado; quiso poner entre ellos,—hanle mal amenazado, que si entre ellos se pone—que él será muy mal tratado. El cazador que esto oyera—medio muerto y espantado se partió para Paris,—grandes voces iba dando: —¿Qué es de ti, el emperador,—que hoy pierdes todo tu Es- ¡Hoy entre los doce pares—veo gran ruido armado, [tado? y el imperio de Paris—todo escandalizado!—Oyólo el emperador,—donde estaba en el palacio: mandó luego que le llamen—al que tal iba hablando. Ya es llegado el cazador—do está el emperador Cárlos. Las palabras que le dice—con temor demasiado (1): —Señor, sepa vuestra Alteza—que hoy andando cazando en la huerta de Sant Dionis,—dentro en ella yo he hallado á Montesinos y á Oliveros—que se habian desafiado: la sangre que de ellos corria—teñia las yerbas del campo, que si ellos ya no son muertos,—estarán muy mal tratados.—El emperador que esto oyera—muy presto hubo cabalgado con todos los caballeros—los que allí hubo hallado. De Oliveros iba un primo,—y tambien iba un su hermano, y el padre de Montesinos,—ese conde don Grimaltos. Cada uno tiene parientes,—iban escandalizados. El emperador, que esto vido,—pregonar luego ha mandado: que de manos ni de lengua—ninguno sea osado

(1) «Con gran temor las ha hablado.» *Floresta.*

de decir descortesía,—ni quistion hayan buscado (1),
y quien quistion revolviere—fuese luego degollado.
Por miedo de aquel pregon—todo hombre va limitado.
En allegando á la huerta—el emperador hubo entrado.
Por el rastro de la sangre—los caballeros han hallado,
el uno caído á una parte,—otro caído á otro lado.
Llamó (2) á sus caballeros—los que le han acompañado :
cuando la gente los vió—veréis hacer un gran llanto :
unos dicen : ¡Ay mi primo!—otros dicen : ¡Ay mi hermano!—
El conde Grimaltos dice : —¡Ay mi hijo mal logrado!—
Cuando el emperador vido—su pueblo escandalizado,
mandó traer unas andas—en que hubiesen llevado
aquellos dos caballeros—que se habian maltratado,
que los lleven á Paris—dentro del real palacio :
doctores y bachilleres (3)—que viniesen á curarlos.
Fué la voluntad divina—que á poco tiempo pasado
les hallan gran mejoría,—que se han mucho remediado.
Ya sanos los caballeros,—y Dios que (4) les ha ayudado,
mandóles el emperador,—que amigos hayan quedado.
Cásanlos con sendas damas—las mas lindas del palacio,
y púsoles grandes penas—que ninguno sea osado
de hablar con Aliarda,—ni de ser su enamorado (5),
y quien esto quebrantase—de la vida sea privado.
Así quedaron amigos—y el imperio asesegado.
Luego Aliarda casó—con un caballero honrado;
quedaron todos contentos—y el romance fué acabado (6).

(Canc. de Rom. s. a. f. 65.—Canc. de Rom. 1550. f. 65.—
Silva de 1550. t. II. f. 162.—Floresta de var. rom. (7).

(1) «Ni hacer desaguisado.» *Floresta.*

(2) «Llama.» *Silva.*

(3) «Cirujanos.» *Floresta.*

(4) «Porque Dios.» *Floresta.*

(5) «En público, ni en celado.»
Floresta.

(6) «Es acabado.» *Silva.*—«Con
mucho paz en su estado.» *Flor.*

(7) Claro está que este romance
es ya una reformación algo más ar-
tística del anterior, del que repite
versos y trozos enteros, dándole,
empero, una catástrofe mucho más
prosaica y á modo de las comedias.

178.

(Montesinos.—V.)

**Romance de Guiomar y del emperador Car-
los : que trata de cómo libró al rey Jafar
su padre y á sus reinos del emperador : y
de cómo se tornó cristiana y casó con Mon-
tesinos.**

Ya se sale Guiomar—de los baños de bañar
colorada como la rosa,—su rostro como cristal.
Cien damas salen con ella—que á su servicio están,
eran todas fijas-dalgo,—muy hermosas en verdad,
ricamente ataviadas—que era gloria de mirar.
Preguntando va Guiomar—por el rey Jafar su padre.
Respondiera un caballero—que le estaba delante :
—Retraído está, señora,—en su palacio real,
de dentro de siete puertas—allá se fuera á encerrar,
y mandó á los porteros,—que á nadie dejen entrar
sino á sus caballeros,—los del consejo real;
llorando está de sus ojos—que es dolor de lo mirar,
mesábase los cabellos,—sus barbas otro que tal.
La causa del lloro tan grande—yo no la sabré contar;
mas sé que le han venido cartas—de Cárlos el emperante,
lo que contienen aquellas—yo no lo sabré contar.—
Guiomar que esto oyera—corriendo va á mas andar,
que ni atiende á sus damas,—ni á nadie quiso esperar;
antes se fué al palacio—donde estaba el rey su padre.
No hay portero que la detenga—ni la osase hablar.
Allegara á la gran sala—donde su padre está,
vió á sus caballeros—que le estaban delante,
puestos en tan gran silencio—que á nadie oyó hablar,
y allí vido estar al rey—en la su silla real,
su mano tenia en el rostro—con un pensamiento grande.

Allegóse Guiomar,—y humillósele delante,
tomándolo por la mano—por habérgela de besar.
El rey Jafar que la viera—la fué luego á levantar,
y besándola en el rostro—no pudo estar de llorar;
fízole dar una silla,—y cabo él se fué á sentar.
Allí fabló Guiomar—y empezara de hablar:
—Por Dios vos ruego, el rey,—me digades la verdad,
¿qué es la causa del enojo?—¿quién vos ha hecho pesar?
y acordáos que las mujeres—son para bien y para mal.—
Respondiérale el rey—con gran tristeza y pesar:
—Sabréis, fija Guiomar,—la causa de nuestro mal:
que ha dos horas ó poco menos—cartas me fuéron llegar,
las cuales envió don Carlos,—capitan de la cristiandad,
en que me envía las treguas,—y me tornara las paces,
y me suelta los tributos,—que ya no los quiere mas;
mas demándame mis reinos—que sé los haya de dejar:
y si no lo hago, hija,—los meterá á fuego y sangre.
Treinta días me dió de plazo,—que mas no me quiso dar,
y la peor señal que veo,—y que á mi da mayor pesar,
es ver que en riberas de Ebro—tiene asentado su real;
y si hago resistencia—serme hía mayor mal;
aunque sesenta mil combatientes—bien los puedo yo allegar
de Aragon y de Castilla,—y Valencia esa ciudad;
mas ¿qué aprovecha?, mi hija,—que será doblar mis males,
que tiene otros tantos,—y con ellos los doce pares,
y si más gente quisiere,—á toda la cristiandad.
Y de todo aquesto, fija,—á vos toca el mayor mal,
que de mí ya no me pesa,—que soy viejo y de gran edad;
mas recibo de vos pena—que sois niña y de poca edad:
porque agora venia el tiempo—que habíades de reinar.
¿Quién gobernará mis reinos,—mis villas y mis ciudades?
¿Quién manterná mis caballeros,—los de mi corte real?
¿Y vos, y yo, la mi fija,—dónde iremos á parar?—
Guiomar era discreta—si en el mundo habia su par,
y cuanto le dijo el rey—lo fué muy bien á escuchar,
respondióle con gran tiento—y empezara de hablar:

—No desmayes, el buen rey,—no quieras tomar pesar,
que si Alá me da la vida—yo lo entiendo remediar,
si vos, rey, me dais licencia—que haga á mi voluntad,
y que lo que yo hiciere—por hecho lo hayais de dar.—
El rey Jafar que esto oyera—tal respuesta le fué á dar:
—Por Dios vos ruego, mi fija,—vos me lo querais contar,
de qué suerte lo haredes,—ó cómo pensais remediar.—
Guiomar como obediente—le diera respuesta tal:
—Que de grado lo diría—por servir su Majestad.
Acordáos, rey, de Celinos—que tovistes en catividad,
que siete años ó mas—estuvo sin libertad,
y sin decillo á vuestra Alteza—licencia le fuera á dar,
que se tornase en Francia,—á su tierra natural:
pues estando él en el campo—en algo me ha de ayudar,
y cuando él no me ayudase,—otro mayor pienso fallar;
que allí será Montesinos,—ese esclarecido infante,
que mucho tiempo me ha servido—en vuestra corte real,
por mí ha hecho torneos,—por mí en campo fué á entrar;
y tambien sé que don Carlos,—aquel alto emperante,
nadie le pidió merced—que él no se la otorgase.
Y por esto os ruego, padre,—licencia me querais dar,
que delante dél yo vaya—para merced le demandar:
que él es tan magnífico hombre—que no me la negará.—
El rey Jafar que esto oyera—luego se fuera á turbar,
maldiciendo la fortuna—empezara de llorar,
diciendo estas palabras—con dolor y sospirar:
—¡Oh desventurado rey—que en el mundo no hay su par!
¡Oh mi hija Guiomar,—espejo de mi mirar!
¡Oh descanso de mi vida,—reposo de mi pesar!
¿Quién vos dará tal licencia,—quién vos la osará dar?
¿Quién vos asegura, fija,—á vos en la cristiandad,
que no os sea hecha deshonra,—ó vos hayan de avergonzar?—
Guiomar que aquesto oyera—tal respuesta le fué á dar:
—Yo suplico á vuestra Alteza—que no quiera tal hablar,
que nunca en campo ninguno—se usó tal platicar:
que á nadie que fuese de grado—se le oviese de hacer mal:

cuanto mas do está el gran Cárlos—y aquellos doce sin par;
 así que por ese cabo—bien os podréis segurar.—
 Y envía por las trompetas—cuantas en la tierra están,
 manda hacer un pregon—por su reino general:
 que cualquier dama hermosa—se haya de aparejar,
 y otro día de mañana—sea al palacio real.
 Viendo el rey que mas no pudo—el pregon mandara dar:
 que obedezcan á Guiomar,—que hagan á su voluntad.
 Viérades la barahunda—que habia en la ciudad,
 de atavíos de las damas—cuál saldria mas galana.
 Pues decir de Guiomar—seria largo de contar,
 que toda la noche en peso—jamás se quiso acostar;
 mas puesta en invenciones—y en vestidos se ensayar.
 Y no era venido el día—cuando ella en punto está;
 mandó abrir las sus salas—y su palacio real,
 Viérades entrar las damas—que es placer de lo mirar,
 cada una de su atavío—quién mas linda puede andar.
 Y cuando estuvieron juntas—en su palacio real,
 fablárales Guiomar—á todas en general:
 —Bien sabeis, hermanas mías,—nuestra gran nesecidad,
 y sabeis todas las cosas—que ha escrito el emperante,
 y para remediar tal daño—es de gran nesecidad,
 que vais todas conmigo—á la su tienda real
 á suplicar á su Alteza,—merced nos quiera otorgar,
 que nos delibre las tierras,—y que nos torne la paz.—
 Las damas que esto oyeron—le dieron respuesta tal:
 que eran todas muy contentas—por servir su Majestad.
 Levantóse en pié Guiomar,—agradecióles su voluntad,
 y escogió cien damas de ellas—que mas le fuéron agradar,
 aunque no fuesen fijas—dalgo,—ni de muy alto linaje,
 y las que no eran tan vestidas—de sus ropas les hacia dar;
 mandó traer cabalgaduras—para ellas cabalgar,
 ricamente guarnecidas—que era cosa de mirar;
 con ellas cien caballeros—por mas honestas andar.
 Mandó allegar las trompetas—y atabales otro que tal,
 hizo venir los instrumentos—que se pudieron hallar.

Desque todo fué á punto—mandó á todos cabalgar.
 Viérades cabalgar damas,—caballeros otro que tal;
 ver cuál iba Guiomar—nadie lo sabría contar:
 encima de una hacanea blanca—que en Francia no la habia
 un brial vestido blanco—de chapado singular, [tal,
 mongil de blanco brocado,—enferrado en blanco cendal,
 bordado de pedrería—que no se puede apreciar,
 una cadena á su cuello—que valia una ciudad,
 cabellos de su cabeza—suelos los quiere llevar,
 que parecen oro fino—en medio de un cristal,
 una guirlanda en su cabeza,—que su padre le fué á dar,
 de muy rica pedrería—que en el mundo no hay su par.
 Ya se parte Guiomar,—ya empieza de caminar,
 con ella sale el rey Jafar—fasta la puerta de la ciudad.
 Desque fuéron á la puerta—Guiomar le fué á hablar,
 tomándolo de las manos—que se las quiere besar,
 rogándolo mucho de grado—no recibiese pesar.
 El rey Jafar que la oyera—no pudo estar de llorar,
 diciéndole:—Fija mia,—no me querais olvidar,
 cuando seréis entre cristianos,—de mí os querais acordar;
 mirad como quedo solo—con una angustia mortal.—
 Dándole su bendicion—licencia le fuera á dar.
 Ya se parte Guiomar—para do está el emperante.
 Siesta era de mediodia,—tiempo de calor muy grande,
 cuando el emperador Cárlos—se levanta de yantar,
 y con él todos los doce—que á su mesa comen pan;
 cada uno se va á su tienda—á dormir y á folgar:
 cuando llegó Guiomar—al real del emperante.
 Desque fué cerca las tiendas—las trompetas mandó llamar,
 que desparasen todos juntos—cuantos instrumentos hay.
 Ya desparan las trompetas,—atabales otro que tal,
 hacian tan grande estruendo—que la tierra hacen temblar.
 Viérades los franceses—voces que empiezan á dar,
 diciendo:—¡Al arma, al arma,—todo hombre á cabalgar!
 que este era el rey Jafar,—ó alguna traicion grande.—
 Mas presto llega la guarda—que tenia el emperante,

y vieron ser Guiomar,—que venia tan triunfante.
 Presto se tornan las guardas—por la gente asegurar,
 y dieron presto las nuevas—á Carlos el emperante :
 cómo era Guiomar—que venia le hablar,
 y le demanda licencia—si la dejaría entrar.
 El emperador muy contento—de grado se la fué á dar.
 Ya entraba Guiomar—por medio de aquel real.
 Treinta pasos de la tienda—donde estaba el emperante
 descabalgó Guiomar,—sus damas mandó apearse
 por hacer acatamiento—á la corona real;
 pasó por medio la guarda—que tenia el emperante,
 que eran mas de dos mil hombres—los que le suelen guardar.
 Y cuando llegó á la puerta—de aquella tienda real, [dar.
 viera estar á don Carlos,—aquel alto emperante,
 conociólo Guiomar—según dél tenia señal :
 con aquellas barbas blancas—que tenia por la su faz,
 que jamas pelo en su vida—de la barba fuera á cortar.
 Guiomar como discreta—ante él se fué á arrodillar,
 tomándolo por las manos—por habérselas de besar.
 El emperador que la mira—le fué tanto á contentar,
 que la tomó por los brazos.—y la hizo levantar,
 besándola en el carrillo,—las manos no le quiso dar,
 antes la tomó del brazo,—y en la tienda la hizo entrar,
 hízole dar una silla,—cabo él la mandó asentar,
 fablándole muchas palabras—que era placer de escuchar,
 dícele que le pesaba,—por ser de tan gran edad,
 para ser su caballero,—y de ella se enamorar.
 Hablando de estos placeres—en que los dos están,
 viérades los caballeros—atavíos ensayar,
 cuál iria mas polido,—cuál iria mas galan,
 y el que mas presto se viste—se va á la tienda real
 á ver la gran fermosura,—por ver aquella beldad
 de Guiomar la linda—que en lindeza no hay su par.
 Allí vino Oliveros,—allí vino don Roldan,
 y vienen los doce pares—de Francia la natural.
 A todos hace dar sillan—aquella real Majestad.

Ellos en aquesto estando—vieron por la puerta entrar
 ese infante Montesinos,—sobrino del emperante,
 con una ropa de brocado—que al suelo quiere llegar,
 una cadena á su cuello—que mil marcos de oro vale.
 Guiomar desde lo viera—al emperador fué suplicar,
 le quisiese dar licencia—para habelle de hablar.
 El emperador de buen grado—luego se la fuera á dar.
 Salió á la puerta de la tienda,—y fuéraselo á abrazar.
 Montesinos que la viera—cuasi se fuera á turbar,
 la color toda mudada,—le empezara de hablar :
 —Bien sea venida vuestra Alteza,—bueno sea vuestro lle-
 Y tomábale las manos—que se las queria besar; [gár.—
 mas Guiomar no quiso,—nunca se las quiso dar.
 Montesinos de turbado—no se le fué á acordar,
 que habia andado diez pasos—sin la cabeza se cobijar.
 Guiomar que lo viera—el bonete le hizo tornar.
 El emperador que los viera—luego los hace sentar,
 desde todos fueron posados—empezaron de hablar
 de aquella gran fermosura,—que Dios habia querido dar
 á la infanta Guiomar—y á las damas que con ella van.
 Allí fabló el emperador—á todos en general :
 —Yo tal fermosura de dama—nunca ví en la cristiandad;
 mas por ser ella tan hermosa—una merced le quiero dar :
 que yo he dado treinta dias—á su padre el rey Jafar
 demandándole las tierras,—y tornándole la paz,
 por amor de Guiomar—le quiero dar mucho mas,
 yo le doy mas cuatro meses,—y estos le quiero dar.—
 Guiomar que esto oyera—en pié se fué á levantar,
 las rodillas por el suelo—le comenzó de hablar,
 haciéndole muchas gracias—de la merced que le fué á dar :
 —Mas suplico á vuestra Alteza,—no se quiera enojar,
 de recibir una merced—la cual yo le quiero dar :
 que tome todos los reinos—que hoy son del rey mi padre,
 y esto sin hacer guerra,—sino de muy buena voluntad.—
 El emperador que esto oyera—fuérase á maravillarse,
 diciendo estas palabras—con un placer atan grande :

que jamas fallara á nadie—que le llevase ventaja
de hacer siempre mercedes,—y dar de continuo á grandes,
sino era Guiomar—que con él se quiso igualar;
mas que él no consiente,—ni lo queria otorgar,
que antes le torna las tierras,—y le volvia las paces,
y le suelta los tributos,—que no los queria mas,
y le hacia seguro—de nunca lo enojar :
—Mas yo vos pido una gracia,—nunca me la querais negar,
que se tornase cristiana,—y con Montesinos casar.—
Guiomar que esto oyera—mucho se fuera á turbar,
estuvo pensando un rato—sin respuesta le tornar;
mas Dios todopoderoso—en su corazon fué á entrar,
y dijo, que le placia—de cristiana se tornar,
por hacer servicio á su Alteza,—con Montesinos casar :
—y esto muy secretamente—que no lo sepa mi padre,
pues que era ya tan viejo—y puesto en la postrera edad;
que desde será muerto—yo lo haré publicar.—
Mandó venir un arzobispo—y un perlado cardenal,
que la hiciesen cristiana,—y la quieran desposar.
Esto hecho entre ellos—licencia fué á demandar
á aquel gran emperador,—que luego se la fué á dar.
Y así se fué Guiomar—con muy gran solemnidad.
Gran fiesta le hizo su padre—cuando la vido tornar.

(Romance de Guiomar y del emperador Carlos, etc. Pliego suelto del siglo xvi.)

179.

(Montesinos.—VI.)

Romance de Rosafiorida.

En Castilla está un castillo,—que se llama Rocafiorida;
al castillo llaman Roca,—y á la fonte llaman Fiorida.
El pié tenia de oro,—y almenas de plata fina;

entre almena y almena—está una piedra zafira;
tanto relumbra de noche—como el sol á mediodia.
Dentro estaba una doncella—que llaman Rosafiorida :
siete condes la demandan,—tres duques de Lombardía;
á todos les desdenaba,—tanta es su lozanía.
Enamoróse de Montesinos—de oídas, que no de vista.
Una noche estando así,—gritos da Rosafiorida :
oyérala un camarero,—que en su cámara dormia.
¿Qué es aquesto, mi señora?—¿qué es esto, Rosafiorida?
ó tenedes mal de amores,—ó estáis loca sandía.
—Ni yo tengo mal de amores,—ni estoy loca sandía,
mas llevádesme estas cartas—á Francia la bien guarnida;
diédeslas á Montesinos,—la cosa que yo mas queria;
dile que me venga á ver—para la Pascua Florida;
darle he yo este mi cuerpo,—el mas lindo que hay en Casti-
si no es él de mi hermana,—que de fuego sea ardida; [Ila,
y si de mí mas quisiere—yo mucho mas le daria :
darle he siete castillos—los mejores que hay en Castilla.

(Canc. de Rom. s. a. f. 190.—Canc. de Rom. 1550. f. 201.)